

Identidad, patrimonio, Cultura Ciudadana

Identidad cultural es el conjunto de valores, orgullo, tradiciones, símbolos, creencias y modos de comportamiento que funcionan como elementos dentro de un grupo social y que actúan para que los individuos que lo forman puedan fundamentar su sentimiento de pertenencia que hacen parte a la diversidad al interior de las mismas en respuesta a los intereses, códigos, normas y rituales que comparten dichos grupos dentro de la cultura dominante.

Los diversos rasgos culturales son transmitidos a través de generaciones, configurando una identidad cultural a través del tiempo sin olvidar que también se construye. Por lo tanto, la identidad no es algo estático, sólido o inmutable, sino que es dinámico, maleable y manipulable.

Cultura Ciudadana es una herramienta pedagógica que está al servicio del ciudadano y facilita su buen desempeño en los procesos de comunicación con los demás, disminuyendo los enfrentamientos, el desorden urbano, la intolerancia y se pueden llegar acuerdos de normas, comportamientos, solidaridad.

El comportamiento urbano tiene códigos socioculturales que se han ido difundiendo a través del tiempo que identifican contextos y se asocian con acciones que pueden o no ser aceptadas con significados relevantes para la comunidad de la forma como se pueden expresar.

No se puede olvidar la concientización personal de cada ciudadano para asimilar, aumentar y practicar las nuevas normas de convivencia, de multiplicarlas. Esto se puede hacer a través del arte, la cultura, la recreación (métodos lúdicos)

El patrimonio cultural está formado por aquellos elementos de valor histórico y artístico que reflejan la herencia de las generaciones pasadas y que permiten comprender la historia y la forma de ser de un pueblo o más ampliamente, de una civilización. El patrimonio refleja las señas de identidad, la forma de ser de un pueblo, los bienes que integran el patrimonio cultural pertenecen al campo de las bellas artes, arquitectura, pintura, escultura, música... y tienen por lo tanto un significado cultural; el patrimonio ha demostrado que es una fuente de recursos económicos, de puestos de trabajo y de actividad empresarial.

AMBITOS DE CCION Y LINEAMIENTOS ESTRATEGICOS

Identidad

Se estudiará y se aplicará en forma permanente la Cátedra de Facatativá, aportando al mismo tiempo elementos, recursos y datos que vayan complementando la historia del Municipio

Cultura Ciudadana

Se realizarán campañas educativas conjuntas que involucren las instituciones educativas, la ciudadanía y las instituciones económicas que lleven adquirir fortalecer e incrementar hábitos, procesos de comprensión y tolerancia.

Se institucionalizará símbolos que identifiquen las campañas con amplia difusión y proyección.

Patrimonio Cultural

Se plantearan estrategias pedagógicas que informaran al ciudadano de la normatividad y la identificación del patrimonio de la ciudad.

Se fortalecerán y se incrementara la legislación del mantenimiento y protección del patrimonio.

Conceptos básicos de la conformación de una ciudad

La cabecera municipal, corregimientos, etc. se dividen en barrios. Algunas cabeceras grandes (ciudades) pueden estar divididas en comunas o localidades.

Distritos

Junto con los municipios se encuentran los distritos.

La mirada infantil recrea las imágenes de un barrio como un lugar mágico: la plaza, los juegos, el conocer a un personaje pintoresco, etc. En la adultez, la imagen del barrio es distinta y, en ciertas ocasiones, pasa a ocupar un segundo plano, merced a la rutina que se forja por ver las cosas cotidianas.

Pese a estas contradicciones, el barrio sigue siendo "un lugar común en la ideología de los habitantes de la ciudad, pues tiene una determinada eficacia para referir de un modo sintético a diversos aspectos de la realidad. Su sola mención encierra todo un mundo de significaciones".

La identificación con el barrio, "pero en el seno de la sociedad se manifiesta como la quintaesencia de la pertenencia urbana... La reivindicación microlocal expresa la pertenencia al gran lugar, el lugar de la ciudad moderna orgullosa de sus contrastes y a la que su misma pluralidad define como única e incomparable", en donde es posible recapitular "todos los rasgos del mundo actual, no sólo su microcosmos", sino también el "núcleo de relaciones, de emisiones y de recepciones dentro de una vasta red que constituye hoy el planeta".

Este mundo puede ser rescatado por una historia que reflejen los aspectos cotidianos, conformados por un perfil distintivo de la identidad barrial.

Por ello, es mi intención reflexionar acerca de los distintos aspectos que se establecen como un estudio sistémico de una historia barrial, y crear un marco teórico específico para la búsqueda de un método en una contextualización de carácter formal.

Para lograr dicho objetivo, el investigador deberá plantearse las siguientes problemáticas: el perfil investigativo, la representatividad histórica del material, las historias institucionales, cómo incluir los anecdóticos y los recursos técnicos-analíticos.

– I –

PERFIL INVESTIGATIVO

El primer problema es definir el perfil investigativo, cuyos rasgos esenciales no sólo están conformados por la historia, sino también por los elementos sociológicos que se destacan en una "comunidad barrial".

A) HISTORIA BARRIAL

Una historia barrial es el resultado de un estudio histórico-sociológico basado en la "identidad barrial", es decir, la relación entre los aspectos que conforman una "realidad objetiva" y la "familiaridad con lo cotidiano". En líneas generales, es la recuperación del

patrimonio cultural de lo existente y del pasado, teniendo en cuenta la época en que surge dicha "identidad" y de la naturaleza ideológica de las relaciones sociales.

Por ello, el "ser del barrio" no implica reducirlo al rol de "vecino" ni tampoco estimarse por el hecho de "vivir" o "residir" en él, sino que se establece en la búsqueda de esa "identidad" diversificada en múltiples aspectos, la cual "implica referirse a prácticas ideológicas, políticas, movimientos, valores, especificidades, polos de disyunción histórica y sede social de las más variadas relaciones".

En tal sentido, Ariel Gravano establece cuatro ejes lógicos de la identidad barrial, cuyo perfil puede conformarse entre la conjunción (junto a) y disyunción (separado de):

"Homogeneidad: cuando el polo conjuntivo es capaz de mantener un cierto grado de estabilidad y uniformidad en uno o más rasgos con que se construye ideológicamente la identidad. Por ejemplo, cuando los vecinos siguen considerando al barrio como "obrero", aún señalando que las fábricas están desmanteladas y que los obreros "se van muriendo".

"Heterogeneidad: cuando en el conjunto se contemplan diferencias internas disjuntivas que no llegan a convertirlo en otra cosa. Por ejemplo, las "barritas" que se distinguen pero son consideradas o se consideran a sí mismas todas del mismo barrio; el ser hincha de un cuadro de fútbol o de otro a los que se atribuye ser del barrio; o el médico que no rompe el conjunto barrio porque "también trabaja" (o quizá "trabaja" precisamente porque es del barrio).

"Identificación: cuando se afirma la propia identidad respecto a otras (por ejemplo, otros barrios, la ciudad, el "pago"), resaltando el polo conjuntivo.

"Diferenciación: cuando prevalece la disyunción respecto a otra identidad (por ejemplo, respecto a otros barrios)."

En una historia barrial, este perfil puede establecerse en forma clara y categórica por medio de una hipótesis, incluso haciendo referencia a las paradojas y contradicciones, a

fin de poner "al descubierto el mundo objetivo ante el cual actúa la ideología, el mundo de problemas que provocan la necesidad de esa construcción ideológica como un producto histórico. Las paradojas y contradicciones son como ojos de buey por donde se hace posible atravesar la opacidad de los símbolos con que se construye la ideología, porque por ellas se transparenta ese mundo objetivo que determina la existencia de esos símbolos y de esa ideología. Conforman en conjunto las contrariedades o escollos que debe "vencer" el paradigma."

B) COMUNIDAD BARRIAL

La "comunidad barrial" es otro aspecto a incluir como referente principal, cuya "identificación" depende de un conjunto de elementos que simbolizan la "pertenencia" de esa "conciencia de barrio". Juan José Tangari establece las siguientes categorizaciones:

"-El paisaje barrial: un espacio característico, «domesticado», asimilado, señalado y vivenciado como «propio».

"-La historia del barrio: el nacimiento del barrio, sus pioneros, su desarrollo, los acontecimientos excepcionales de signo diverso que recuerda la comunidad, inclusive aquellos al margen de la historia oficial, pero que alcanzan ejemplaridad, alimentan la memoria barrial: su conocimiento es propiedad distintiva de los miembros de la comunidad.

"-El argot barrial: el compartir una toponimia barrial, nombres de pila, ciertos modismos, un anecdotario común, cánticos identificatorios, etcétera.

"-Los fenómenos integrativos: la citada conciencia de pertenencia a la comunidad se refuerza en determinados momentos, cargados de significación propia; cada comunidad muestra ciertos fenómenos interactivos que la singularizan del entorno. Toda fiesta comunitaria, todo ritual colectivo o actividad lúdica de conjunto, constituye un ejemplo de lo antedicho.

"-Las organizaciones barriales libres: considerando la existencia de valores comunitarios que deben realizarse, los miembros del barrio dan vida organizativa a clubes, sociedades de fomento, peñas y centros nativos, cooperadoras, ateneos, círculos literarios, murgas y centros murgueros, etc...

"—Ciertos sobresalientes culturales: los liderazgos reconocidos por la comunidad admiten gran diversidad tanto desde la perspectiva del estado social del individuo como de los valores por él representados. Aparecen entonces tipos culturales diversos: los intelectuales, profesionales y artistas prestigiosos, los jefes de las hinchadas, los rockeros, los viejos conocedores del barrio, los ídolos deportivos, los sacerdotes, etcétera."

Estos elementos sociológicos determinan un aspecto de significaciones y una cabal muestra en donde lo simbólico se hace presente, teniendo en cuenta que el "lugar se definirá como lugar de identidad (en el sentido de que cierto número de individuos pueden reconocerse en él y definirse en virtud de él), de relación (en el sentido de que cierto número de individuos, siempre los mismos, pueden entender en él la relación que los une unos a otros) y de historia (en el sentido de que los ocupantes del lugar pueden encontrar en él los diversos trazos de antiguos edificios y establecimientos, el signo de una filiación). De manera que el lugar es triplemente simbólico (en el sentido en que el símbolo establece una relación de complementariedad entre dos seres o dos realidades): el lugar simboliza la relación de cada uno de sus ocupantes consigo mismo, con los demás ocupantes y con su historia común."

El lugar, a su vez, queda establecido por dos concepciones: las fronteras y los límites. Se entiende por fronteras aquel espacio geográfico impuesto oficialmente: las calles que lo separan de otras zonas o barrios; y por límites: la influencia y el reconocimiento popular de la barriada, cuya identificación va más allá de las fronteras físicas en los habitantes de otros sectores.

Como autor del ensayo histórico—sociológico Villa Mitre, la Reina de las Villas (1906—1996), he incluido estos aspectos relevantes que, a modo de síntesis, se reflejan en el capítulo vigésimo segundo Hacia una nueva ciudad.

"Con los antecedentes analizados, Villa Mitre se ha convertido en el barrio más importante de Noreste de la ciudad de Bahía Blanca, con una marcada visión de futuro y una fisonomía propia: calles asfaltadas, transporte, una amplia cobertura de servicios profesionales e instituciones sociales; una verdadera fortaleza, tanto en el ámbito industrial y comercial, así como también en lo humano.

"Distintas generaciones viven en una misma casa, recreando las historias y los recuerdos. Son hinchas de la tricolor (verde, negro y blanco). En días cálidos o de verano se ve a los vecinos sentados a la puerta de calle. Entrañable costumbre que marca ese sabor nostálgico que el barrio todavía no perdió. La existencia de un sentido de familiaridad con lo barrial significa convivir con lo heterogéneo, con la complejidad cultural, y un cambio constante que nuclea los aspectos de la cotidianeidad en un perfil y espacio cultural definidos. Si bien se han incorporado las nuevas tendencias, las viejas costumbres todavía perduran. Este lugar tan arraigado, al que todos quieren entrañablemente, propone como idea que el barrio sea la prolongación del ambiente familiar.

"Como contrapartida, un "hincha" del barrio ve la posibilidad de considerarlo como una ciudad dentro de otra ciudad. Algunos fanáticos (contado como anécdota), hace algunos años, pusieron a la entrada de la avenida Falucho un gran cartel: "Bienvenidos a la ciudad de Villa Mitre". Como no era un cartel reconocido en el ámbito oficial, lo quitaron dada la confusión (?) que provocó. En alguna medida, se cumplió con el vaticinio de un viejo eslogan turístico: "Si Usted viene a Villa Mitre, no deje de visitar Bahía Blanca".

"Estos son los aspectos analizados de la obra que, sin duda, marcan la personalidad típica de un barrio, surgida desde los primeros tiempos y acentuada en la actualidad, cuyas características lo convierten en un centro y epicentro de una nueva ciudad, es decir, la ciudad de Villa Mitre como reflejo de la ciudad de Bahía Blanca."

– II –

REPRESENTATIVIDAD HISTÓRICA DEL MATERIAL

El segundo problema a que se enfrenta el investigador es la representatividad histórica del material. Este punto es fundamental en su tratamiento, ya que muchas veces no existe una historia convencional y debe compagnarla de cero.

Algunos barrios no cuentan con una organización consorsista, es decir, los primeros pobladores se han instalado en el predio mucho antes de que estuvieran organizados como comunidad. En este caso, al averiguar su fecha de fundación, el investigador se encuentra con que no se la puede estimar correctamente, o bien, ha sido fijada oficialmente y la misma es contradictoria a la que se supone.

Un ejemplo: Al investigar los orígenes del barrio de Villa Mitre, pude detectar una controversia acerca de establecer quién fue el primer poblador, o bien, cuál sería la fecha correcta de fundación. Si tomaba como base la establecida oficialmente (18 de Junio de 1906) excluía un aspecto importante: la situación común de principios de siglo. Por oposición, al adoptar como base un criterio incierto, desconocía abiertamente las razones oficiales que dieron motivo al origen histórico establecido.

Opté –y sugiero hacerlo– por la tercera postura: incluir sin excluir, incorporar ambas fechas y dejar planteado un interrogante. Lo más importante es que ambos aspectos interesen, sin que para ello el investigador resuelva el conflicto. Éstos deben estar presentes para ponerlos en igualdad de condiciones, sin que se incluya la opinión del autor.

En el capítulo primero, en el subtema ¿Quién fue el primer poblador?, puede leerse:

"La fundación de Villa Mitre (1906) marca el inicio de su historia. Anterior a esta fecha, distintas familias se radicaron en este sector. Para corroborar lo expuesto se citarán dos importantes fuentes bibliográficas.

"El profesor Lituarde Casalini, en su ensayo La fundación de Villa Mitre (La fecha equivocada), hace mención de los primeros pobladores. En lo que hoy es calle Juan B. Alberdi, se instalaron: en 1901, las familias de Miguel Matrovalerio y Vicente Coppa (Nº 1689); Pablo Casalini y Antonia Mastrovalerio (Nº 1668); En 1904, Alfredo Fiorini y su esposa Celinda (Nº 1679); Serafín Otranto y su esposa Santina (Nº 1673); en 1905, Santos Mazzante y su esposa Angiulina (Nº 1652). En 1905, en Castelar 1670, Máximo Gutiérrez y en Washington 520, Pablo Presti y su esposa Antonia. En Remedios de Escalada al 300 se asentó la familia Cocconi.

"En el artículo publicado en LA NUEVA PROVINCIA el 19 de Noviembre de 1933, ¿Quiénes fueron los primeros pobladores?, se da a conocer que, por aquel entonces, se ignoraba la presencia de un primer poblador y fundador. Antes de 1906, vivieron tres familias: "Esperguín, López e Hidalgo"; después del loteo le siguieron José García García, Luis Merinardi, Juan Giménez y Manuel Esperguín, Domingo Piñeyro, Vicente Fonseca, Domingo De Luca y Santos Cicchini". Además, se hace mención que los primeros pobladores "serían aquellos que se establecieron en 1906 de Junio a Diciembre".

"Generoso Cuadrado Hernández, por su parte, confirma esta versión en uno de sus anecdotarios: "Las dos primeras viviendas construidas en forma simultánea fueron la de Santos Cicchini y la de nuestra familia, ambas sobre Rivadavia. Don Santos, un buen sillero de profesión, vivía con una obsesión: la de que se le reconociera el título de primer "fundador". Solía acudir a los diarios para proclamarlo y hasta colocó en el frente de su casa un cartel con esta leyenda: "Santos Cicchini, primo fundatore de Villa Mitre". No sería extraño que en el subconsciente abrigara la ambición de ser inmortalizado en el mármol". (Historia de Villa Mitre.)

"La comisión de Reafirmación Histórica determinó, en primer lugar, que la fecha de fundación del barrio fuera el 18 de Junio de 1906, un día posterior al remate, ya que tomó como antecedente la construcción de la vivienda de Santos Cicchini, por ser el primero que dio aviso a la municipalidad de la terminación de la obra. Los demás pobladores, con la casa en construcción, cumplieron con este requisito posteriormente. Así quedó establecido que los asentamientos, anteriores a esa fecha, ingresarían luego a la planificación urbanística de la ciudad.

"Además, cabe destacar que la propiedad de Santos Cicchini tenía un pozo de agua potable, único hasta ese entonces. Si nos remontamos a la época, el agua era el elemento indispensable por las características del suelo: arcilloso y salino. El agua, en todos los casos, era proveída por los aguateros".

Como se observa en este caso puntual, se han incluido matices, agudizando una visión de la realidad al fusionar los conceptos de historia y sociología en una amplia concepción.

Al investigador, por otra parte, no le es ajeno el tratamiento de los temas tabúes, como por ejemplo: prostitución, droga, doctrinas religiosas al margen de la oficial, sectas, ideologías políticas, etc., siempre y cuando mantenga un espíritu equitativo y los datos recopilados puedan aportar contenidos esclarecedores para otros estudios específicos.

– III –

HISTORIAS INSTITUCIONALES

El tercer problema sería incluir las historias institucionales, para lo cual, sugiero encuadrarlas por las finalidades que cumplen: culturales, civiles, sociales, etcétera.

Las instituciones conforman el pilar básico de la comunidad, porque "el hombre las ha creado para satisfacer sus necesidades y las mejora en la medida en que desea un mayor bienestar". Dada su importancia, es lógico que aparezcan reseñadas, aunque su fundación haya sido casi reciente.

Por lo general, muchas instituciones barriales organizan un material en distintos informes y memorias, reflejando aspectos que han sido tratado durante un ciclo lectivo, que son elaborados desde múltiples aspectos, poniendo énfasis en diversos logros: servicios de gas, agua, enfermería, entre otros, y una información anexa que comprende: homenajes, actos culturales, etc. Este punto de partida es esencial para todo investigador. Si hay un material que sea contradictorio o poco claro, se deberá recurrir a las actas.

Una vez leído los informes se debe extraer un contenido que soslaye los aspectos generales o particulares. En este caso, los más importantes para una historia institucional son: fecha de fundación; miembros fundadores; sedes sociales (si han cambiado de domicilio); objetivos de la entidad; inscripciones en registros públicos, entidades subvencionantes, etc.; lista de presidentes desde su fundación hasta el presente; homenajes; evolución histórica en el que pueden incluirse aspectos políticos, regímenes estatutarios, etc.; y otros datos de interés que vincule a la institución con el barrio.

– IV –

ANECDOTARIOS

El cuarto problema radica principalmente en considerar la inclusión de las distintas anécdotas que soslayan la vida barrial. "Por anécdota se entiende todo suceso, ocurrencia, episodio ignorado o poco conocido, por lo general chistoso o picante, relativo a ciertos acontecimientos históricos o a la vida privada de la persona."

En la vida orgánica de una anécdota, si bien puede comprobarse una descripción paisajista, ubicación temporal, etc., el carácter psicológico es relevante: la figura del protagonista se enaltece y esto es lo más importante. Es decir que el anecdotario, al tener estas características, se enunciará como un ingrediente folclórico, que lo diferencia de la leyenda, porque esta última es una "relación de sucesos que tienden a ser más tradicionales o maravillosos, que históricos y verdaderos".

Se debe recuperar esta expresión de la vida popular, de aquellos hechos que, aunque parezcan cotidianos y sin importancia, revelan una cosmovisión del hombre. De esta manera, se comprende de qué forma influye el pasado en el presente, y esta estrecha relación fortifica el sentimiento de unidad y conciencia social.

Dada su importancia, sugiero incorporarlas en un capítulo especial, haciendo mención de que el material recopilado ha surgido de distintas versiones orales.

Es necesario establecer, además, que una anécdota tiene un corpus que lo diferencia del cuento en los siguientes aspectos:

Brevedad: sólo se destaca un episodio.

Hecho relevante: puede ser real o imaginario, pero al ser comentado en forma reiterada, se lo toma como cierto.

Encuadre histórico: se identifica con una comunidad en particular.

Visión literaria: es narrada en tercera persona, con una breve reseña introductoria, un desarrollo (el hecho) y un remate gracioso o tragicómico.

Como ejemplo se transcribiré El vasco Arana, la anécdota más representativa del barrio de Villa Mitre.

"Esta historia, un poco ruda, tiene que ver con el vasco Arana. Todos lo recuerdan como el "famoso barrendero". Por características muy particulares, pasó a formar parte de los anecdotarios.

"Se comenta que, en ciertas oportunidades, solía tener acaloradas discusiones. Pero ocurrió que un día al vasco lo sacaron de las casillas. En una de las peleas, impulsado por su cólera, a su adversario le mordió un dedo. Al pobre hombre lo tuvieron que llevar al hospital mas próximo. Los médicos diagnosticaron una seria infección (en 1930, no había antibióticos) y debieron amputarle el dedo.

"Enterado del asunto, el vasco Arana se encuentra en la calle con un pariente de su adversario y le comenta: "¡Ves!... Yo le mordí el dedo a tu tío y se lo tuvieron que cortar. ¿Sabés por qué? Porque tengo carácter fuerte. Por mis venas corre sangre envenenada".

"Y en cierta ocasión se sintió mal y pensó que se moría. Efectivamente, los médicos diagnosticaron su muerte. Todo el vecindario estuvo de duelo.

"Después del cortejo fúnebre, el ataúd del vasco Arana fue llevado al depósito del cementerio. Por aquel entonces, los sábados no había servicio de entierro y los cajones debían ser guardados en este sitio hasta el lunes.

"A las dos de la madrugada del domingo, el vasco Arana despierta de su sueño. Padecía catalepsia. Miró a su alrededor y escapó de este sitio por un ventiluz y se fue a su casa.

"Era una noche clara de luna llena. Cubierto con una mortaja, recorrió un buen tramo, y en el camino de regreso, algunos lo vieron sin darle importancia; otros, en cambio, se dieron un gran susto.

"Al llegar a su casa golpeó la puerta insistentemente y comenzó a gritar: "¡María! ... ¡Abrime! ... ¡Soy yo!"

"Intimidada por la duda, María comenzó a sonrojarse. ¡Imagínense la sorpresa! Al abrir la puerta, cayó desmayada. Después de este incidente, María estuvo delicada de salud y, al poco tiempo, falleció.

"En el velatorio de su mujer, el vasco Arana decía: "Mi mujer tomó café en mi velorio. Ahora yo tomo café en el de ella". El vasco, debido a su porfía, vivió algunos años más.

"¡Quien no recuerda estos episodios! Todos conocen esta historia; la del vasco Arana, el muerto resucitado."

– V –

RECURSOS TÉCNICOS–ANALÍTICOS

El quinto problema está referido a los aspectos técnicos–analíticos, para lo cual es posible utilizar distintos recursos, entre ellos: el método sistémico, la organización del discurso y como incluir citas, colaboradores especiales, así como también la publicación del material recopilado.

A) MÉTODO SISTÉMICO

El investigador deberá contar con conocimientos técnicos específicos para analizar las distintas fuentes, rescatar toda la información que resulte necesaria, y adoptar un método para sistematizar la investigación.

Si bien, muchos investigadores toman como modelo un esquema historicista (acumulación rigurosa de fechas), puede darse el caso en que lo pueda hacer sin dificultad, pero en otras circunstancias, por motivos ajenos a su voluntad, no alcanza a reunir adecuadamente una estructuración de este tipo. Para subsanar distintos claros, considero oportuno adoptar como método la selección por temas, cuyos aspectos pueden tener una presencia física y autónoma: educativo, cultural, económico, social, etc., y dentro de éstos, los subtemas: anécdotas, personajes reales y ficticios, vida barrial, comercios, profesionales, entre otros.

Puede ser obvio formular este tipo de consideraciones, pero los que se inician en una investigación, quizá no tengan claro cómo realizar una búsqueda o los distintos enfoques.

Generalmente, se recurre en un tópico banal al contar una historia reflejada desde la óptica de una entidad, eligiendo la más antigua: sociedad de fomento, club, escuela, etc. Luego, al compaginarse el material, se comienza escribiendo acerca de la fundación de la entidad y a posteriori se incluyen someros capítulos recreando la visión histórica del barrio, el homenaje a una enfermera, o se mencionan las actividades que organiza la institución. Este antimétodo, por lo común, se compendian en artículos o libros institucionales.

Quizá por desconocimiento de un método, aunque resulte meritorio lo escrito en cuanto a una preocupación personal o institucional por reflejar los aspectos históricos, lo recopilado dista mucho de ser una historia barrial.

B) ORGANIZACIÓN DEL DISCURSO

Para organizar formalmente un discurso, es aconsejable la utilización del género ensayo, porque permite establecer un amplio manejo de la opinión y enriquecer la visión del escritor, incluyendo notas aclaratorias, bibliografía especializada y opiniones de terceros. En todos los casos, el estilo a emplear debe ser directo sin ir a un extremo, o sea, incluir un lenguaje técnico que decline la atención del lector.

El esquema del ensayo, generalmente, está basado en tres aspectos estructurales internos: una introducción que plantea los temas a tratar; un desarrollo de los puntos en los que se pueden incluir títulos y subtítulos; y un final que contemple la opinión del autor.

En cuanto a la estructura global del trabajo investigativo, cada capítulo puede ser considerado como un ensayo independiente e interdependiente de toda la obra, que, en sí misma, puede generar una estructura de macro ensayo, es decir, un ensayo que organice a todo el conjunto, que el escritor compendiará en una introducción o prefacio con los lineamientos generales y un capítulo final –a modo de síntesis– de todo lo tratado, que también refleje su opinión.

En caso de invitar a colaboradores especiales, el material puede incluirse en los capítulos, aclarando la autoría, o bien, dedicarles uno especial a modo de apéndice para diferenciarlo del estilo empleado por el autor. Esta decisión suele ser la más importante, dado que se debe tener presente el enriquecimiento intelectual con la incorporación de varios puntos de vista en el manejo de un corpus colectivo.

C) ASPECTOS FORMALES

Los aspectos técnicos formales: notas aclaratorias, bibliografía consultada, referencias específicas, etc., deben ir entre comillas acotando su procedencia. En otros casos, puede organizarse un resumen, respetando la fuente de procedencia. En los informes institucionales escritos o entrevistas orales, deberá hacerse con precisión, pero adaptado a un estilo acorde con el que emplea el autor.

Como norma básica se detallará al final de la obra la bibliografía consultada en el siguiente orden: libros, diarios, revistas, folletos y material inédito. También se compaginará el índice general.

Una vez concluido el trabajo se debe pensar en su publicación. Lo más aconsejable es el formato libro, pero dado el costo de edición, otros medios supletorios pueden ser más convenientes: la publicación por entregas en diarios o revistas locales, armado y compaginado en un procesador de texto con su respectiva encuadernación, entre otros.

– VI –

CONCLUSIÓN

En las páginas que anteceden, se ha podido enunciar los aspectos técnicos y recursos analíticos para la recopilación de una historia barrial, cuyo trabajo debe enmarcarse desde una perspectiva que incluya la historia y la sociología en una amplia concepción.

El investigador podrá plantear una hipótesis (ejemplos: ¿cómo es el barrio?, ¿qué ideología predomina?, ¿cuál es el rasgo característico?, etc.) y a partir de esta perspectiva, deberá demostrar en qué medida puede cumplirse, incluso cómo puede reflejarse las paradojas y contrariedades.

Su trabajo debe resultar lo más preciso posible, a pesar de tener algunas limitaciones. Puede darse el caso de no contar con una información clara y veraz, o bien, la tarea que le toque realizar sea tediosa por tener que consultar diarios, revistas, actas, etc. Pero lo más importante es que su labor pueda ser considerada como un punto de partida para distintos estudios y que otros investigadores actualicen la historia.

NOTAS

Gravano Ariel, La identidad barrial como producción ideológica, (En: Gravano Ariel y Gúber Rosana, Barrio sí, villa también, Buenos Aires, CEAL, Biblioteca Política Argentina Nº 320, 1991, p. 66). En adelante: LIB.

Augé Marc, Hacia una antropología de los mundos contemporáneos, Barcelona, Gedisa, 1995, p. 152.

Gravano Ariel, La cultura de los barrios, Buenos Aires, CEAL, colección: Conflictos y procesos de la historia Argentina Contemporánea, Nº 23, 1989, p. 24.

Gravano Ariel, LIB, p. 70

Gravano Ariel, LIB, p. 91

Citado por Santillán Güemes Ricardo en Cultura, creación del pueblo, Buenos Aires, Guadalupe, 1985, pp. 91/2.

Augé Marc, op. cit. p. 147.

Marín Jorge, Villa Mitre, la reina de las villas, Fondo Municipal de las Artes, Bahía Blanca, 1998, pp. 208/209.

Ídem, pp. 18/19.

Ware Caroline F., Estudio de la comunidad. Como averiguar recursos. Cómo organizar esfuerzos, Unión Panamericana, Ministerio de Educación de la Pcia. de Bs. As, La Plata, 1980, p. 16.

Bonocuore Domingo, Diccionario de la Bibliotecología, Buenos Aires, Marymar, 2da. Edic., 1986, p. 42.

Ídem, p. 277.

Marín Jorge, op. cit. p. 104/105.

JORGE MARÍN

Comentarios

El comentario ha sido publicado.

Para dejar un comentario, regístrese gratis o si ya está registrado, inicie sesión.

Principio del formulario

Agregar un comentario [Enviar comentario](#)

Los comentarios están sujetos a los [Términos y Condiciones](#)

Final del formulario

Trabajos relacionados

Diagnostico de una Unidad Educativa

Diagnostico. Planteamiento de problemas. Desarrollo y verificación de las hipótesis. Análisis situacional de la

unidad e...

La Estatalidad

Un mito de nuestro tiempo. El Estado neocolonizado. Teorías globalizadoras y estatalidad. Globalización y globalismo pop...

Análisis de la Relación existente entre el Fenómeno Social y el Fenómeno Económico

En el presente ensayo se plantea un análisis a la relación de por si importante que existe entre el Fenómeno Social y el...

Ver mas trabajos de Estudio Social

Nota al lector: es posible que esta página no contenga todos los componentes del trabajo original (pies de página, avanzadas formulas matemáticas, esquemas o tablas complejas, etc.). Recuerde que para ver el trabajo en su versión original completa, puede descargarlo desde el menú superior.

Todos los documentos disponibles en este sitio expresan los puntos de vista de sus respectivos autores y no de Monografias.com. El objetivo de Monografias.com es poner el conocimiento a disposición de toda su comunidad. Queda bajo la responsabilidad de cada lector el eventual uso que se le de a esta información. Asimismo, es obligatoria la cita del autor del contenido y de Monografias.com como fuentes de información.

El Centro de Tesis, Documentos, Publicaciones y Recursos Educativos más amplio de la Red.

Cómo crear un ecomapa

Escrito por Jon Stefansson

Foto: people image by Brett Bouwer from Fotolia.com

Foto: people image by Brett Bouwer from Fotolia.com

Los ecomapas son representaciones gráficas de las relaciones personales. Por lo general, el sujeto de un ecomapa se representa en el centro del diagrama, mientras que otras personas se muestran en otros lugares en la página. A continuación, se dibujan diferentes tipos de líneas hacia cada una de las personas en la página para representar distintas relaciones. Cuando se completan, los ecomapas ayudan a ilustrar las relaciones y los recursos en la vida de una persona. Fabricar tu propio ecomapa es un proceso sencillo y solo toma unos pocos minutos.

Nivel de dificultad:

Fácil

1. Instrucciones Escribe el nombre del sujeto del ecomapa en el centro del papel. Dibuja un círculo alrededor del nombre.

2. 2

Escribe alrededor de la página los nombres de personas importantes en la vida del sujeto. Dibuja también círculos alrededor de ellos.

3. 3

Añade círculos a los sistemas a los que tú o el sujeto están conectados, como la iglesia, la escuela, el trabajo, los grupos sociales o un barrio.

4. 4

Dibuja líneas que conecten cada una de las personas y los sistemas al sujeto. Una línea gruesa o dos líneas paralelas representan una fuerte relación; una línea punteada representa una relación incierta o tenue y una sola línea representa una relación débil.

5. 5

Añade puntas de flecha a las líneas. Las flechas se usan para indicar una pérdida o provisión de recursos. Por ejemplo, los recursos que agota el sujeto del ecomapa se representa con una flecha que apunta hacia él. Los recursos proporcionados por el sujeto tienen una flecha apuntando hacia afuera de él.

6. 6

Agregar líneas de estrés. Si una relación, independientemente de la fuerza y el flujo de recursos, es considerada estresante por el sujeto, añade un patrón ondulado en la parte superior de las líneas de conexión existentes.

7. 7

Comparte el ecomapa con un amigo de confianza, trabajador social o un consejero. Ellos pueden proporcionarte información y analizar la salud de cada relación que se ilustra en la ecomapa.

Familia: Concepto

-

La familia es un grupo de personas unidas por vínculos de parentesco, ya sea consanguíneo, por matrimonio o adopción que viven juntos por un período indefinido de tiempo. Constituye la unidad básica de la sociedad.

En la actualidad, destaca la familia nuclear o conyugal, la cual está integrada por el padre, la madre y los hijos a diferencia de la familia extendida que incluye los abuelos, suegros, tíos, primos, etc.

En este núcleo familiar se satisfacen las necesidades más elementales de las personas, como comer, dormir, alimentarse, etc. Además se prodiga amor, cariño, protección y se prepara a los hijos para la vida adulta, colaborando con su integración en la sociedad.

La unión familiar asegura a sus integrantes estabilidad emocional, social y económica. Es allí donde se aprende tempranamente a dialogar, a escuchar, a conocer y desarrollar sus derechos y deberes como persona humana.

La base de la familia en Chile es el matrimonio, el cual está regulado por nuestro Código Civil.

Funciones de la familia

La familia en la sociedad tiene importantes tareas, que tienen relación directa con la preservación de la vida humana como su desarrollo y bienestar. Las funciones de la familia son :

Función biológica: se satisface el apetito sexual del hombre y la mujer, además de la reproducción humana.

Función educativa: tempranamente se socializa a los niños en cuanto a hábitos, sentimientos, valores, conductas, etc.

Función económica: se satisfacen las necesidades básicas, como el alimento, techo, salud, ropa.

Función solidaria: se desarrollan afectos que permiten valorar el socorro mutuo y la ayuda al prójimo.

Función protectora: se da seguridad y cuidados a los niños, los inválidos y los ancianos.

Origen y evolución histórica

Difícil es dar una fecha exacta de cuándo se creó la familia. Ésta, tal como la conocemos hoy, tuvo un desarrollo histórico que se inicia con la horda; la primera, al parecer, forma de vínculo consanguíneo. Con el correr del tiempo, las personas se unen por vínculos de parentesco y forman agrupaciones como las bandas y tribus.

Las actividades de la agricultura obligan contar con muchos brazos, de allí entonces la necesidad de tener muchos hijos e integrar el núcleo familiar a parientes, todos bajo un mismo techo.

Con la industrialización las personas y sus familias se trasladan a las ciudades, se divide y especializa el trabajo, los matrimonios ya no necesitan muchos hijos y económicamente no pueden mantenerlos; surge la familia nuclear o conyugal que contempla al padre, la madre y los hijos.

Algunas características de vínculos de parentesco que se han dado en la historia:

La horda: Hombre y mujer se unen con fines de procreación, búsqueda de alimentos y defensa. Sus miembros no tienen conciencia de vínculos familiares y la paternidad de los hijos es desconocida.

El matriarcado: El parentesco se da por la vía materna. La mujer-madre es el centro de la vida familiar y única autoridad. Su labor es cuidar a los niños y recolectar frutos y raíces

para la subsistencia; en tanto el hombre se dedica a la caza y pesca. La vida que llevan es nómada.

El patriarcado: La autoridad pasa paulatinamente de la madre al padre y el parentesco se reconoce por la línea paterna. Se asocia con el inicio de la agricultura y por consecuencia con el sedentarismo. El hombre deja de andar cazando animales y la mujer se dedica a la siembra y cosecha de frutas y verduras. Se establecen todos juntos en un lugar, hombres, mujeres y niños. Estando asegurada la subsistencia, la vida se hace menos riesgosa y más tranquila. El grupo humano se estabiliza y crece. Se practica la poligamia, es decir, la posibilidad de que el hombre tenga varias esposas, lo que conlleva a un aumento de la población.

Familia extendida: Está basada en los vínculos consanguíneos de una gran cantidad de personas incluyendo a los padres, niños, abuelos, tíos, tías, sobrinos, primos y demás. En la residencia donde todos habitan, el hombre más viejo es la autoridad y toma las decisiones importantes de la familia, dando además su apellido y herencia a sus descendientes. La mujer por lo general no realiza labores fuera de la casa o que descuiden la crianza de sus hijos. Al interior del grupo familiar, se cumple con todas las necesidades básicas de sus integrantes, como también la función de educación de los hijos. Los ancianos traspasan su experiencia y sabiduría a los hijos y nietos. Se practica la monogamia, es decir, el hombre tiene sólo una esposa, particularmente en la cultura cristiana occidental.

Familia nuclear: También llamada "conyugal", está compuesta por padre, madre e hijos. Los lazos familiares están dados por sangre, por afinidad y por adopción. Habitualmente ambos padres trabajan fuera del hogar. Tanto el hombre como la mujer buscan realizarse como personas integrales. Los ancianos por falta de lugar en la vivienda y tiempo de sus hijos, se derivan a hogares dedicados a su cuidado. El rol educador de la familia se traspasa en parte o totalmente a la escuela o colegio de los niños y la función de entregar valores, actitudes y hábitos no siempre es asumida por los padres por falta de tiempo, por escasez de recursos económicos, por ignorancia y por apatía; siendo los niños y jóvenes

en muchos casos, influenciados valóricamente por los amigos, los medios de comunicación y la escuela.

Vínculos de parentesco

El parentesco es la unión al interior de una familia. Los vínculos que se generan entre sus miembros están dados por tres fuentes de origen:

- **Consanguínea**, es decir, el vínculo que existe entre descendientes de un progenitor común (padre, hijos, nietos, bisnietos, tataranietos, etc.).
- **Afinidad**, es el nexo que nace con el matrimonio y las relaciones con los parientes del cónyuge (suegra, nuera, cuñada, etc.).
- **Adopción**, vínculo que se origina entre el adoptado y los adoptantes. En Chile hay sólo un tipo de adopción la cual otorga igualdad con los hijos biológicos (**Ley N° 19.620**, sobre adopciones).

El parentesco se mide por grados, es decir, el número de generaciones que separa a los parientes, siendo cada generación un grado. Además la serie de grados conforman una línea, vale decir, la serie de parientes que descienden los unos de los otros o de un tronco común.

Hay dos tipos de líneas:

a) Recta: se compone de una serie de grados que se establecen entre personas que descienden unas de otras como padre-hijo-nieta.

b) Colateral o transversal: se forma de una serie de grados que se establece entre personas que sin descender unas de otras, tienen un progenitor común como son los tíos, sobrinos, primos etc.

Sobre la identidad de los pueblos*

Luis Villoro

El concepto de identidad

El término "identidad" es multívoco. Su significado varía con la clase de objetos a los que se aplica. En su sentido más general, "identificar" algo puede significar: 1) señalar las notas que lo distinguen de todos los demás objetos y 2) determinar las notas que permiten aseverar que es el mismo objeto en distintos momentos del tiempo. Estos dos significados están ligados, pues sólo podemos distinguir un objeto de los demás si dura en el tiempo, y sólo tiene sentido decir que un objeto permanece si podemos singularizarlo frente a los demás.

Dos objetos son el mismo si no podemos señalar características que permitan distinguirlos, si son indiscernibles. Si de a no puedo predicar ninguna nota distinta a las que puedo predicar de b, entonces a es b. Por otra parte, un objeto deja de ser el mismo si pierde las características que permiten designarlo con el mismo nombre.

En este primer nivel de significado, "identificar" quiere decir "singularizar", es decir, distinguir algo como una unidad en el tiempo y en el espacio, discernible de las demás. La "identidad" de un objeto está constituida por las notas que lo singularizan frente a los demás y permanecen en él mientras sea el mismo objeto.

Aplicado a entidades colectivas (etnias, nacionalidades), identificar a un pueblo sería, en este primer sentido, señalar ciertas notas duraderas que permitan reconocerlo frente a los demás, tales como: territorio ocupado, composición demográfica, lengua, instituciones sociales, rasgos culturales. Establecer su unidad a través del tiempo remitiría a su memoria histórica y a la persistencia de sus mitos fundadores.

Son las dos operaciones que hace un etnólogo o un historiador cuando trata de identificar a un pueblo. La singularidad de una comunidad puede expresarse así en un conjunto de enunciados

descriptivos de notas discernibles en él desde fuera. Sin embargo, esos enunciados no bastan para expresar lo que un miembro de ese

* Publicado en *Estado plural, pluralidad de culturas*. México: UNAM/Paidós, 1998, pp. 63-78.

54

pueblo entiende por su “identidad”, en un segundo nivel de significado.

Tanto en las personas individuales como en las colectivas, “identidad” puede cobrar un sentido que rebasa la simple distinción de un objeto frente a los demás. No por saberse un individuo singular, un adolescente deja de buscar afanosamente su propia “identidad”; una “crisis de identidad” puede ser detectada tanto en una persona como en un grupo social, pese a reconocerse discernible de cualesquiera otros. En ambos casos, la búsqueda de la propia identidad presupone la conciencia de su singularidad, como persona o como pueblo, pero no se reduce a ella. Aunque una persona o una comunidad se reconozcan distintas de las demás, pueden tener la sensación de una “pérdida de identidad”. La “identidad” es, por lo tanto, en este segundo sentido, algo que puede faltar, ponerse en duda, confundirse, aunque el sujeto permanezca. Su ausencia atormenta, desasosiega; alcanzar la propia identidad es, en cambio, prende paz y seguridad interiores. La identidad responde, en este segundo sentido, a una necesidad profunda, está cargada de valor. Los enunciados descriptivos no bastan para definirla.

La “identidad” se refiere ahora a una representación que tiene el sujeto. Significa, por lo pronto, aquello con lo que el sujeto se identifica a sí mismo. De ahí la importancia de la noción de “sí mismo” (self, soi, Selbst). En psicología, el “sí mismo” no es el yo pensante sino la representación que el yo tiene de su propia persona. Supone la síntesis de múltiples imágenes de sí en una unidad. “Lo que piensa el “yo” cuando ve o contempla el cuerpo, la personalidad o los roles a los que está atado de por vida [...], eso es lo que constituye los diversos “sí mismos” que entran en la composición de nuestro “sí mismo” [Erikson, p. 231].

El individuo tiene, a lo largo de su vida, muchas representaciones

de sí, según las circunstancias cambiantes y los roles variados que se le adjudican. Se enfrenta, de hecho, a una disgregación de imágenes sobre sí mismo. Un factor importante de esta disgregación es la diversidad de sus relaciones con los otros. En la comunicación con los demás, éstos le atribuyen ciertos papeles sociales y lo revisten de cualidades y defectos. La mirada ajena nos determina, nos otorga una personalidad (en el sentido etimológico de “máscara”) y nos envía una imagen de nosotros. El individuo se ve entonces a sí mismo como los otros lo miran. Pero también el yo forja un ideal con el que quisiera identificarse, se ve como quisiera ser. Ante esta dispersión de imágenes, el yo requiere establecer una unidad, integrarlas en una representación coherente. La búsqueda de la propia identidad puede entenderse así como la construcción de una representación de sí que establezca coherencia y armonía entre sus distintas imágenes. Esta representación trata de integrar, por una parte, el ideal del yo, con el que desearía poder identificarse el sujeto, con sus pulsiones y deseos reales. Por otra parte, intenta establecer una coherencia entre las distintas imágenes que ha tenido de sí en el pasado, las que aún le presentan los otros y las que podría proyectar para el futuro. En la afirmación de una unidad interior que integre la diversidad de una persona, en la seguridad de poder oponer una mirada propia a las miradas ajenas, el sujeto descubre un valor insustituible y puede, por ende, darle un sentido único a su vida.¹

Pasemos ahora a la identidad colectiva. Por identidad de un pueblo podemos entender lo que un sujeto se representa cuando se reconoce o reconoce a otra persona como miembro de ese pueblo. Se trata, pues, de una representación intersubjetiva, compartida por una mayoría de los miembros de un pueblo, que constituiría un “sí mismo” colectivo.

El “sí mismo” colectivo no es una entidad metafísica, ni siquiera metafórica. Es una realidad con la que se encuentran sociólogos y antropólogos. Los individuos están inmersos en una realidad social, su desarrollo personal no puede dissociarse del intercambio con ella, su personalidad se va forjando en su participación en las creencias,

actitudes, comportamientos de los grupos a los que pertenece. Se puede hablar así de una realidad intersubjetiva compartida por los individuos de una misma colectividad. Está constituida por un sistema de creencias, actitudes y comportamientos que le son comunicados a cada miembro del grupo por su pertenencia a él. Esa realidad colectiva no consiste, por ende, en un cuerpo, ni en un sujeto de conciencia, sino en un modo de sentir, comprender y actuar en el mundo y en formas de vida compartidas, que se expresan en instituciones, comportamientos regulados, artefactos, objetos artísticos, saberes transmitidos; en suma, en lo que entendemos por una "cultura".

El problema de la identidad de los pueblos remite a su cultura.

La búsqueda de una identidad colectiva

Un recurso para empezar a comprender lo que un pueblo entiende por su "identidad" podría ser recordar las variadas situaciones en

1 Sobre este tema, véanse Erikson, Allport, Mead y Micchielli.

56

que su búsqueda se le presenta como necesidad imperiosa. Una primera clase es la de pueblos sometidos a una relación de colonización, dependencia o marginación por otros países. El país dominante otorga al dominado un valor subordinado; construye entonces una imagen desvalorizada del otro. La mirada ajena reduce el pueblo marginado a la figura que ella le concede. Muchos miembros del pueblo dominado o marginal, que comparten la cultura del dominador y pertenecen por lo general a las elites, no pueden menos que verse a sí mismos como el dominador los mira. La imagen que se les presenta no coincide necesariamente con la que, de hecho, tiene el dominador, sino con la que ellos creen que se mostraría si asumieran la mirada del otro. Se ven así mismo marginados, dependientes, insuficientes, como creen que se verían si tuvieran los ojos del otro. Esa imagen generalmente se sobrepone a la que guardan de sí las capas sociales más inmunes a asumir la cultura del dominador, pero se infiltra también en ella y la confunde. Se crea así una escisión en la cultura del pueblo dominado, división entre el mundo "indígena" y el de la cultura del dominador, con todos los matices intermedios;

división también, en el seno de la cultura de las elites, entre quienes pretenden identificarse con la imagen que les presta el dominador, asimilándose al amo, y quienes no pueden aceptar esa figura desvalorizada. Ante esa división, para mantener la unidad del grupo urge una representación, en que todo miembro de éste pueda reconocerse, que integre la multiplicidad de imágenes contrapuestas. La búsqueda de una identidad colectiva aspira a la construcción imaginaria de una figura dibujada por nosotros mismo, que podamos oponer a la mirada del otro.

La vía hacia la identidad reviste distintas formas según sea la situación de que parte. Las etnias minoritarias en el seno de una cultura nacional hegemónica (comunidades indias en América Latina, judías en Europa, por ejemplo) o bien las nacionalidades oprimidas en un país multinacional (kurdos, chechenes, catalanes y tantos otros) se ven impelidas a una reacción defensiva. La preservación de la propia identidad es un elemento indispensable de la resistencia a ser absorbidos por la cultura dominante. Tiene que presentarse bajo la forma de una reafirmación, a veces excesiva, de la propia tradición cultural, de la lengua, de las costumbres y símbolos heredados. En la persistencia de un pasado propio pretende un pueblo verse a sí mismo.

En cambio, la reacción que tiene que ser diferente en las naciones independientes antes colonizadas (en América Latina, África o la India) o bien en pueblos marginales sometidos al impacto

57

modernizador de la cultura occidental (como en varios países de Asia y el Pacífico). En estos dos casos, la cultura del dominador ya ha sido incorporada en la nueva nación, al menos parcialmente; ya ha marcado profundamente la cultura tradicional y ha sido adoptada por rasgos aborígenes y ha dado lugar a formas culturales "mestizas". Es, sin duda, el caso de los países de América Latina y de África del Norte y, en menor medida, de algunos asiáticos: Japón, Tailandia, Filipinas. En estos casos, la búsqueda de la propia identidad abre una alternativa. Una opción es el retorno a una tradición

propia, el repudio del cambio, el refugio en el inmovilismo, la renovación de los valores antiguos, el rechazo de la “modernidad”: es la solución de los movimientos “integristas” o “tradicionalistas”. La otra alternativa es la construcción de una representación de sí mismo, en que pudiera integrarse lo que una comunidad ha sido con lo que proyecta ser. En este segundo caso, la elección de cambio exige, con mayor urgencia aun, la definición de una identidad propia. En la primera opción la imagen de sí mismo representa un haber fijo, heredado de los antepasados; en la segunda, trata de descubrirse en una nueva integración de lo que somos con lo que proyectamos ser. Una y otra opción corresponden a dos vías diferentes de enfrentar el problema de la identidad, de las que hablaré más adelante. Éste es el dilema que se ha presentado al pensamiento de las naciones antes colonizadas, de África y América Latina; es el que desagarra actualmente a los países árabes.

Sin embargo, la búsqueda de la identidad no está ligada necesariamente a situaciones de colonización o dependencia. También otras situaciones de disgregación social pueden dar lugar a un sentimiento de crisis de identidad. Puede tratarse del derrumbe de una imagen idealizada de sí mismo que identificaba a la nación con un papel privilegiado en la historia. La conciencia del fin de la España imperial, por ejemplo, incitó a plantearse el problema de la “decadencia” española y el sentido de la “hispanidad”; la Primera Guerra Mundial provocó en Alemania e Italia una crisis de su propia identidad, que condujo al delirio de una nueva grandeza nacional. ¿Y no comenzaron muchos estadounidenses a preguntarse por el sentido de su propia nación después del desastre de la política imperial en Vietnam? Hay otros casos más específicos: el de países marginales respecto de Occidente, que forjaron un proyecto de grandeza que entra en crisis. Entonces pueden ser desagarrados por dos posibilidades divergentes, que suponen representaciones distintas de sí mismos: el de igualar a los países más poderosos, identificándose parcialmente con ellos, o el de concentrarse en sus propios valores, renovando

antiguas imágenes de sí para no “perder su alma”. Fue el dilema de Rusia en el siglo XIX y el de Japón en el XX.

La búsqueda de la propia identidad se plantea, pues, en situación muy diversas. Sin embargo, podríamos reconocer en todas ellas ciertos rasgos comunes. Intentaré resumirlos.

1) En todos los casos, se trata de oponer a la imagen desvalorizante con que nos vemos al asumir el punto de vista de otro, una imagen compensatoria que nos revalorice. En los países dependientes o marginados, reacción frente a la mirada atribuida al dominador; en las naciones sen pérdida de su antiguo rol mundial, contra la imagen de inferioridad con que temen ser vistas por cualquier otro país desde la escena internacional. La representación revalorizada de sí puede seguir dos vías distintas:

acudir a una tradición recuperada, a la invención de un nuevo destino imaginario a la medida de un pasado glorioso, lo cual es la opción de integrismos e imperialismos. Pero puede seguir otra vía más auténtica: aceptar la situación vivida e integrarla en un nuevo proyecto elegido. De cualquier modo, se trata de oponer un “sí mismo” a los múltiples rostros que presentamos cuando nos vemos como nos verían los otros.

2) En todos los casos, esa representación de sí mismo permite reemplazar la disgregación de imágenes con que puede verse un pueblo, por una figura unitaria, ya sea al rechazar las otras imágenes por “ajenas” o al integrarlas en una sola.

3) La representación de sí mismo intenta hacer consistente el pasado con un ideal colectivo proyectado. La identidad encontrada cumple una doble función: evitar la ruptura en la historia, establecer una continuidad con la obra de los ancestros, asumir el pasado al proyectarlo a un nuevo futuro. Al efectuar esa operación imaginaria, propone valores como objetivos y otorga así un sentido a la marcha de una colectividad.

Las distintas respuestas al problema de la identidad pueden ser incorporadas en ideologías, esto es, en sistemas de creencias que tienen por función reforzar el poder político de un grupo dentro de la

sociedad. Esta función es ambivalente. Por una parte, responden a un movimiento de emancipación de los roles a los que los países dominadores pretenden reducir a los dominados, negación a determinarse por la mirada del otro; forman parte, en esa medida, de un pensamiento de liberación. Por otro lado, por cuanto logran una

59

unidad interna en la sociedad y establecen ideales comunitarios, pueden servir de instrumento al poder político para acallar divergencias en el interior y justificar agresiones al exterior. Son parte entonces de una ideología de dominación.

Además, la representación de una identidad nacional o étnica puede no ser compartida por todos, corresponder a un proyecto de un grupo particular dentro de la sociedad y servir a sus intereses. De hecho, a menudo coexisten distintas nociones de la identidad nacional en grupos sociales diferentes, que responden a intereses opuestos. Dos imágenes de la propia “identidad” se opusieron con fuerza en la guerra civil entre las “dos Españas”; Alemania y Japón fueron víctimas de una representación de sí mismos que, al ser llevada al paroxismo de la dominación mundial, acalló otra búsqueda de una identidad auténtica basada en la línea humanista de sus respectivas culturas; en Estados Unidos no es fácil hacer coexistir la Norteamérica de la democracia y los derechos humanos con la del “destino manifiesto”; en la América Latina una representación de la nación, conservadora e “hispanista”, se opuso fuertemente, después de la independencia, a otra liberal y “mestizante”; en los países árabes, en fin, se observa ahora el trágico conflicto entre dos posibles figuras de la propia identidad: la del renovado fundamentalismo islámico y la modernizadora y democrática. Por ello resulta tan importante distinguir entre vías de acceso diferentes a la “identidad” colectiva.

Una última advertencia. Un sujeto social puede hacer suyas distintas identidades colectivas, que corresponden a las diferentes a las diferentes colectividades —de mayor o menos extensión— a las que pertenece. Hay identidades grupo, de clase, de comarca, de pertenencia

religiosa, que pueden cruzarse con las de etnia y nacionalidad.

En estas mismas, un sujeto puede reconocerse en varias identidades, de distinta amplitud, imbricadas unas en otras. En México puede verse a sí mismo como zapoteca, oaxaqueño, mexicano y latinoamericano y norteamericano, etc. Pero aquí prescindiré de esta complicación y sólo me detendré en la búsqueda de la identidad nacional o étnica.

La vía de la singularidad

La representación que una colectividad tiene de sí misma no siempre se vuelve tema de una reflexión expresa. Se manifiesta en los
60

comportamientos colectivos, se transmite en la educación, se difunde en los medios de comunicación, se discute en las controversias políticas, se expresa en las obras culturales y en las formas de convivencia, a menudo de manera implícita y poco consciente. Los poderes y las ideologías políticas, para dar unidad a la comunidad y marcarle un sentido a su acción, suelen hacer explícita una interpretación de la nación, que se manifiesta en imágenes simbólicas y en narraciones sobre sus orígenes y metas. Son los dioses tutelares, los héroes y patricios, los relatos fundadores, las gestas históricas; pueden ser también ciertas instituciones políticas y ritos conmemorativos. Sólo en situaciones críticas, como las que antes recordé, se cuestiona esa representación. Se vuelve entonces un tema expreso de reflexión, en la literatura, en la filosofía, en el pensamiento político.

Fue tema de la literatura rusa, por ejemplo, en el siglo pasado; de la reflexión española a partir de la Generación del 98; de la filosofía latinoamericana en este siglo. Preguntémonos ahora por las modalidades teóricas que puede tomar la investigación reflexiva sobre la identidad de un pueblo.

Suelen oscilar entre dos modelos opuestos, que suponen sendas concepciones de la identidad. Claro está que entre ellos se dan toda clase de confusiones y matices intermedios. En ambos se trata de formar una imagen del pueblo con la que podamos identificarnos, pero sus procedimientos son diferentes. En una vía, esa imagen reproduce

los rasgos singulares que nos caracterizan: la llamaremos vía de la singularidad. En la otra, en cambio, la imagen de sí mismo es obra de un proyecto: llamémosla vía de la autenticidad. En ambas trata de integrarse el pasado con el futuro elegido, pero el énfasis es distinto: mientras la primera ve el futuro a la luz de la historia, la segunda juzga la historia a partir de un futuro elegido.

Veamos la primera vía. Identificar a un pueblo sería distinguirlo frente a los demás. Una cultura sería “ella misma” en la medida en que asuma como propias las notas que la separan de cualquier otra. La identidad se encontraría al detectar los rasgos que constituyen lo “propio”, lo “peculiar” e incomparable de una cultura. Se procederá por detección de las características peculiares y exclusión de las comunes. Debajo de este procedimiento intelectual descansa la idea simple, de que hablé al principio, según la cual identificar un objeto es mostrar que es discernible de los demás. Esta idea está implícita en todos los nacionalismos, tanto defensivos como agresivos. Las ideologías nacionalistas incluyen la afirmación de sí mismo por oposición a lo común y la valoración de lo propio por ser exclusivo.

61

La vía de la singularidad puede seguirse por varios caminos diferentes, que presentan atajos intermedios. El más superficial: singularizar un pueblo por un conjunto de signos exteriores. En efecto, una manera general de reconocer un objeto es encontrar en él ciertos signos distintivos. Así como reconocemos un árbol por la forma de sus hojas o a un individuo por una cicatriz, podríamos identificar la pertenencia a un pueblo por ciertos signos distintivos de su cultura. Pueden ser cutáneos o accidentales, como la manera de hablar, las preferencias musicales o los gustos culinarios, que permiten adjudicar una nacionalidad a quien da muestra de ellos. Puede tratarse también de símbolos nacionales: la bandera, los iconos locales (patrióticos o religiosos), los héroes colectivos. La identidad nacional se reduce a ese conjunto de signos simples, que no corresponden a ningún otro pueblo. Esa representación elemental basta, sin embargo,

para alimentar un nacionalismo popular y chocarrero.

Este camino puede bifurcarse en otro, más cultivado y circunspecto.

El investigador, por lo general un universitario, intenta retener en las obras culturales, las notas que expresen una peculiaridad nacional. Trata de encontrar en las expresiones culturales ciertos rasgos que pudieran verse como característicos de esa cultura, que se prolongan desde un pasado histórico. Puede destacar, por ejemplo expresiones del habla, gestos habituales, entonaciones poéticas, comportamientos mágicos o religiosos, colores de una paleta, ritmos o tonalidades musicales, cuya presencia situaría una obra o una actividad humana como perteneciente a una cultura específica. La calidad o profundidad de la obra pasa a segundo término, importa que exprese caracteres peculiares, en los que pueda reconocerse el “espíritu de un pueblo” o una “manera propia de ver el mundo”. En el peor de los casos, los rasgos distintivos pueden fijarse en estereotipos; en el mejor, conducir a destacar el “color local” de las obras culturales, que nos permite comprenderlas mejor. La investigación puede proseguirse de manera metódica, hasta revelar un conjunto de creencias y actitudes colectivas, presupuestas en todas las demás, que expresarían una manera específica de sentir y comprender el mundo en torno, una “forma de ser” y un “estilo de vida”.²

² En la filosofía mexicana reciente, el tema de la “identidad” nacional ha recibido un trato importante. Está en el fondo de la reflexión sobre el pensamiento mexicano o latinoamericano de Leopoldo Zea y sus seguidores. En dos obras de otros autores puede verse un ejemplo de investigaciones exitosas sobre “modos de ser” y “estilos de vida”: Uranga y Portilla. Sobre esas reflexiones pueden verse mis comentarios en Villoro 5.

62

Un camino diferente es más irracional... y más amenazante. No lo recorren ya universitarios sino ideólogos fanáticos. Se trataría ahora de encontrar, como núcleo de la nacionalidad o etnia, alguna nota “esencial”, es decir, permanente a través de todos los cambios. ¿Qué puede ser más permanente que una propiedad que precede a la historia misma, la raza, por ejemplo? El racismo ha sido, en el

siglo XX, la respuesta más siniestra al problema, legítimo, de la identidad nacional. Como alternativa acudamos, al menos, a los elementos inscritos desde los orígenes en nuestra historia, que nos hicieron distintos durante generaciones: el apego a la tierra de nuestros antepasados, la religión heredada, el destino revelado en alguna gesta pasada. La tradición es la depositaria de esas “esencias nacionales”. El nacionalismo chocarrero, el reflexivo y cultivado, el inquisitivo y profundo, se transforman ahora en una afirmación de sí mismo excluyente de los otros. Puede conducir entonces tanto a una huraña defensa frente al extraño, como a la agresión y la intolerancia contra él. En todos los nacionalismos agresivos, en los imperialismos — imaginarios o reales—, en los movimientos integristas de raíz religiosa, podemos reconocer esta operación ideológica. Característica de todos ellos es la identificación de la imagen de la nación con ciertas notas esenciales que nos separan de los otros y garantizan nuestra propia excelencia.

Por distintos que sean estos caminos diferentes de la vía de la singularidad, todos responden a una manera análoga de emprender la búsqueda de la identidad. Podemos resumirla en los siguientes rasgos.

1) La identidad se alcanzaría por abstracción, esto es, por exclusión de las notas comunes y detección de las singulares. La imagen en que nos reconocemos se identifica con esas notas particulares. Entre la singularidad de una cultura y su universalidad es difícil la mediación. La dificultad de conciliar las características peculiares de una cultura con su alcance universal es insoluble, mientras se conciba la identidad cultural como singularidad exclusiva.

2) Si la identidad de un pueblo puede alcanzarse al detectar sus notas peculiares, ese conjunto de notas tenderá a verse como un haber colectivo, transmitido por la educación y la tradición cultural. Lo que constituye el “sí mismo” de un pueblo le está dado, aunque podría estar oculto; a nosotros corresponde descubrirlo.

3) Las características en que puede reconocerse la identidad de un pueblo permanecerían a través de los cambios. Su presencia se hace patente en el pasado, son parte de una herencia que si bien podemos acrecentar, no podemos derrochar sin negarnos a nosotros mismo. La identidad nos mantiene bajo la voz del pasado.

4) La voz del pasado no sólo hechiza, ordena. Debemos fidelidad a nuestra historia. El haber se transforma fácilmente en “destino”. La singularidad descubierta, el conjunto de haberes con que nos identificamos debe ser resguardado de los otros. A las imágenes que ellos nos envían, se sustituye ahora una figura ideal, fija, a la que todos debemos conformarnos.

La vía de la autenticidad

Pero la búsqueda de la identidad colectiva puede seguir otro camino.

Puede guiarse por una noción de “identidad” distinta: en vez de la singularidad, la autenticidad. Veamos ahora este segundo modelo.

En el lenguaje ordinario, solemos calificar de “auténtica” a una persona si: 1) las intenciones que profesa y, por ende, sus valoraciones son consistentes con sus inclinaciones y deseos reales, y 2) sus comportamientos (incluidas sus expresiones verbales) responden a sus intenciones, creencias, valoraciones y anhelos que comparten los miembros de esa cultura.

Lo contrario de una cultura auténtica es una cultura imitativa, que responde a necesidades y proyectos propios de una situación ajena, distinta a la que vive un pueblo. Por lo general, en las sociedades colonizadas o dependientes muchos grupos de la elite, ligados a la metrópoli dominante, tienden a una cultura imitativa. Se crea así una escisión en la cultura del país. Pero las formas importadas de los países dominantes pueden dar lugar a una cultura imitativa, no por su origen externo, sino por no estar adaptadas a las necesidades de una colectividad ni expresar sus deseos y proyectos reales, sino sólo los de un pequeño grupo hegemónico. Tan inauténtica es una cultura que reivindica un pasado propio, como la que repite formas culturales ajenas, si el regreso al pasado no da una respuesta a las

verdaderas necesidades y deseos colectivos, en la situación que en ese momento vive un pueblo. En los países antes colonizados, tan inauténtico puede ser el retorno a formas de vida premodernas, por “propias” que sean, pero que no responden a las necesidades actuales, como la reproducción irreflexiva de actitudes y usos del antiguo colonizador.

Un pueblo comienza a reconocerse cuando descubre las creencias, actitudes y proyectos básicos que prestan una unidad a sus diversas manifestaciones culturales y dan respuesta a sus necesidades reales. La identidad de un pueblo no puede describirse, por lo tanto, por las características que lo singularizan frente a los demás, sino por la manera concreta como se expresan, en una situación dada, sus necesidades y deseos y se manifiestan sus proyectos, sean éstos exclusivos o no de ese pueblo. A la vía de la abstracción se opone la de la concreción.

La identidad sería, en esta concepción, una representación imaginaria, propuesta a una colectividad, de un ideal que podría satisfacer sus necesidades y deseos básicos. La vía para encontrarla no sería el descubrimiento de una realidad propia escondida, sino la asunción de ciertos valores coherentes con su realidad. La identidad no sería un dato, sino un proyecto.

Las necesidades y deseos de un pueblo no son fijos, cambian con las situaciones históricas. Cada situación plantea un nuevo desafío.

La identidad de un pueblo evoluciona y toma diversas formas a través de esos cambios. Comprende un proceso complejo de identificaciones sucesivas. Tanto en los individuos como en las colectividades, la identidad no se constituye por un movimiento de diferenciación de los otros, sino por un proceso complejo de identificación con el otro y de separación de él. El papel central que desempeña, en la formación de la personalidad, la identificación con modelos ajenos es bien conocido. De manera parecida, en la constitución de la identidad de un pueblo tienen un papel indispensable sus identificaciones sucesivas, en el curso de la historia, con las formas de pensamiento y de vida de otros pueblos, sean dominadores o dominados.

La identidad nace de un proceso dinámico de singularización frente al otro y de identificación con él. 3

Habría, pues, que distinguir entre “imitación” e “identificación”.

Por imitación reproducimos elementos de una cultura extraña, que no responden a nuestra situación y que no se integran con los demás elementos de nuestra cultura. Por identificación, en cambio, in-

3 Pierre Tap [p.12] propone distinguir, en la formación de la identidad, entre *identisation* e *identification*. La primera sería un proceso por el que un actor social trata de diferenciarse de los demás, al afirmarse a sí mismo, separándose de ellos. La segunda se refiere a un proceso inverso, por el que un actor social trata de fundirse en los otros.

65

tegramos en nuestra cultura elementos provenientes de fuera, que dan respuesta a nuestras nuevas necesidades históricas y pueden satisfacer nuestros nuevos deseos. La imitación forma parte de una cultura inauténtica, la identificación puede consistir en una manera auténtica de abrirnos a formas culturales que respondan mejor a situaciones históricas nuevas.

La concepción de la identidad como un conjunto de características particulares que excluyen las de otras culturas se deja guiar por la imagen engañosa de la unicidad como singularidad discernible de las demás. Pero la unicidad de una cultura consiste más bien en la concretización, en una situación específica, de un complejo de características que pueden ser comunes con otras culturas. Cada representación del mundo es única, pero no por contener notas singulares y exclusivas, sino por integrar en una totalidad específica características que pueden presentarse, de otra manera, en otras configuraciones.

Así, las mismas necesidades, deseos y aspiraciones pueden expresarse en complejos culturales diferentes. De hecho, las manifestaciones culturales de los otros pueblos son percibidas a menudo como posibilidades propias. Cada cultura es una forma de vida que se ofrece como ejemplo a las demás.

Para ser auténtica una cultura debe responder a las necesidades colectivas reales. Pero un pueblo no es una realidad dada una vez

por todas, es una configuración cambiante con las circunstancias.

Una cultura auténtica debe responder en formas renovadas a necesidades variables que exigen a menudo tareas insólitas. Cada nueva situación lanza un desafío: conformar a otras necesidades los valores de una cultura; formular, por lo tanto, otros proyectos. No hay imagen fija de una colectividad que pudiera conformarse a las rupturas de la historia.

Por otra parte, la representación de sí mismo, que puede ofrecer unidad a la multiplicidad de una cultura, puede cambiar según la mirada de quienes la interrogan. Tanto en los logros culturales como en los episodios históricos de un país, somos nosotros quienes debemos elegir las características que recoja la imagen en la cual reconocernos. El descubrimiento de lo que fuimos está guiado por la proyección de lo que queremos ser. Si la identidad de un pueblo no es una realidad oculta que descubrir, sino una figura que dibujar, su búsqueda obliga a la selección del pasado, para asumir de él los rasgos consistentes con nuestro proyecto y rechazar los que se le opongan. En cada situación elegimos un pasado propio y nos deshacemos de otro. La identidad permite dar una continuidad a la historia, al prestarle un sentido. Para ello tiene que hacer coherente el pasado

66

con nuestras metas actuales. Así, la tradición presenta el rostro que nuestro proyecto dibuja en ella. Mientras la vía de la singularidad concibe el pasado como una realidad que se nos impone, la búsqueda de la autenticidad ve en él un anuncio de los ideales que abrazamos. La gesta del pasado con la que nos identifiquemos dependerá de lo que propongamos para nuestro país. Porque la identidad de un pueblo nunca le está dada; debe, en todo momento, ser reconstruida; no la encontramos, la forjamos.

“Llega a ser tú mismo” es el llamado de la identidad. ¿Cómo entender este mandato paradójico? El “sí mismo” no es sólo que se es, sino lo que ha de llegar a ser. Y es auténtico si no se engaña, es decir, si responde a sus deseos profundos y obedece a sus ideales de vida. “Ser uno mismo” no es descubrir una realidad oculta en nosotros,

sino ser fiel a una representación en que nuestros proyectos integran nuestros deseos y actitudes reales. Un pueblo llega a ser “él mismo” cuando se conforma libremente a un ideal que responde a sus necesidades y deseos actuales.

La búsqueda de la identidad puede seguir dos vías divergentes.

La primera nos permite, en el sentimiento de nuestra singularidad preservarnos de los otros. La seguridad de compartir una herencia puede liberarnos de la angustia de tener que elegirnos. Podemos entonces estar tranquilos: un pueblo debe ser lo que siempre ha sido.

La otra vía nos enfrenta a nuestras necesidades y deseos, nos abre así a la inseguridad, lote de todos los hombres. A nosotros incumbe dibujar el rostro en el que podamos reconocernos, pues un pueblo debe llegar a ser lo que ha elegido.

